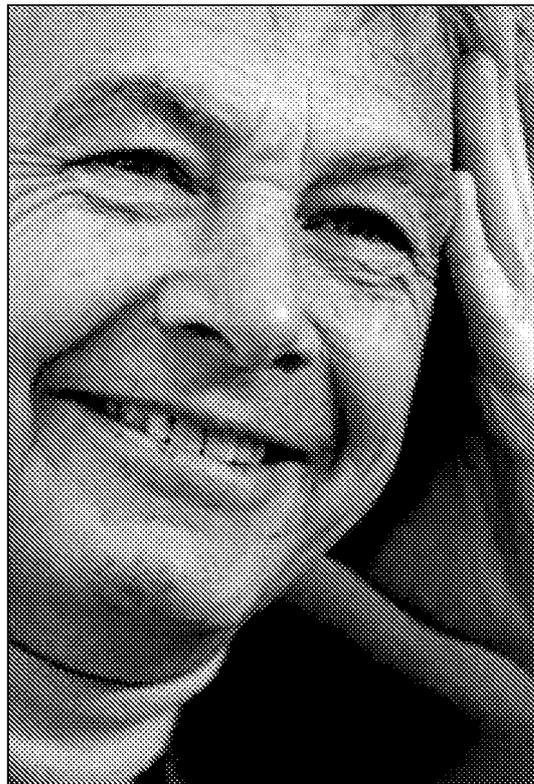


Las búsquedas de Norbert Lechner

Felipe Burbano de Lara¹

La mayor obsesión que persiguió a Norbert Lechner durante su trayectoria intelectual, me atrevo a decir, fue la búsqueda de una definición del espacio y las tareas que le corresponden a la política en una sociedad democrática. En varios momentos de su vida académica, Lechner volvió una y otra vez sobre la misma pregunta: ¿qué significa hacer política? Su búsqueda se entiende a partir de la convergencia de tres procesos distintos que plantearon nuevas interrogantes a la política: a) las implicaciones y proyecciones de las dictaduras del Cono Sur; b) la nueva sensibilidad hacia el tema de la subjetividad política, que venía de la mano de las corrientes post-modernas, y c) la urgencia de repensar el pluralismo y la democracia en América Latina. En el fondo, Lechner tenía la certeza de que la dictadura chilena trajo consigo un cambio importante en la concepción de la política. Con el golpe, la política dejó de ser “una actividad institucionalizada, con límites relativamente nítidos: gobierno, parlamento, partidos” (1982:17), para convertirse en algo completamente distinto. El régimen militar, en efecto, prohibió hacer política, pero la siguió practicando a través de otros medios y procedimientos. Allí están, dice Lechner, los miles de muertos y encarcelados. Pero la dictadura no sólo se caracterizó por la violación



sistemática de los derechos humanos y el uso de la violencia, sino porque intentó hacer de la economía y del mercado el nuevo lenguaje de la política. El proyecto neoconservador de la dictadura chilena tenía como trasfondo ideológico erradicar la política para imponer el reino del mercado como expresión de la libertad individual. Hacia allá apuntaba lo que algunos intelectuales definieron como el “esfuerzo fundacional” del régimen militar. Lechner encontró en ese proyecto un intento por construir un orden colectivo que siguiera las dinámicas de lo que llamó, siguiendo a Weber, la “racionalidad formal”; esto es, un tipo de acción que se orienta por un ajuste

Burbano de Lara, Felipe, 2004, “Las búsquedas de Norbert Lechner”, en ICONOS No.19, Flacso-Ecuador, Quito, pp.141-146.

¹ Profesor-investigador de FLACSO-Ecuador

permanente de medios y fines, y cuyo escenario privilegiado es el mercado. Desde la imposición de la racionalidad formal, el pluralismo deliberativo de una política democrática se ve seriamente restringido. Se trata de un orden que responde a una lógica sistémica y que se impone de espaldas a los ciudadanos, en el

Cuando el lenguaje del mercado quiere imponerse como criterio del orden y la vida social, hay que volver a plantearse qué significa hacer política, qué significa una política democrática. Para Lechner, la democracia es una forma de entender la política tanto en su dimensión plural como en su demanda de orden colectivo.



más amplio sentido de la palabra. “Los instintos, los afectos y emociones del individuo son sometidos a un riguroso autocontrol, de modo que la espontaneidad ‘primitiva’ no interfiera en las relaciones sociales ‘civilizadas’” (1982:18). Se impone una suerte de frigididad emocional y afectiva, como consecuencia de una concepción de la vida que privilegia el trabajo, el rendimiento y el éxito material (1982:27). En un contexto donde el lenguaje del mercado quiere imponerse como criterio dominante del orden y la vida social, hay que volver a plantearse qué significa hacer política; y aún más preciso, ¿qué significa una política democrática? La interrogante interpela a todos los países latinoamericanos que desde distintas maneras abrazan el proyecto neoconservador y hacen de Chile el ejemplo a seguir. Los neoconservadores, discípulos de Friedrich Hayek, interpretan la política como un obstáculo a la libertad individual. Para ellos, la libertad individual no es una expresión de la política ni una consecuencia de ella, sino una realidad previa, anterior a la misma política. Para Lechner, el proyecto neoconservador debilita la legitimidad de la democracia y a la postre producirá

un desencanto frente a sus potencialidades. Clausurado el espacio político por el imperativo económico, sólo quedaría confiar en la iniciativa individual y en la “mano invisible” del mercado. Lechner se enfrentará a ese desencanto desde una crítica a la modernización neoliberal como una modalidad histórica de realización de la modernidad y de reconstrucción conservadora del capitalismo. El objetivo de buena parte de su reflexión en los años 90 se volcó justamente hacia la clarificación conceptual de lo que significa la modernidad. A lo largo del siglo XX, América Latina ha experimentado sucesivos intentos de modernización económica y social, pero poco sustentados en una reflexión sistemática sobre la modernidad y sus potencialidades para la región. “En resumen”, dice Lechner, “el desencanto actual se refiere a la modernización y, en particular, *a un estilo gerencial tecnocrático de hacer política*” (1991:47, las cursivas son mías). Lo único que cabe proclamar frente a la racionalidad formal es la existencia de una pluralidad de racionalidades en el campo político. La democracia asume como punto de partida esa pluralidad de voces, de sujetos, frente a la dictadura que los silencia y hasta elimina, pero también frente al mercado que les cierra y restringe espacios políticos. Lejos de silenciar a los sujetos, de restarles capacidades deliberativas, la política democrática apunta hacia su pleno reconocimiento y afirmación.

La preocupación por la cultura política

Una segunda búsqueda que orienta el trabajo de Lechner es la constatación de que vivimos un cambio de cultura política, una nueva sensibilidad, un estado de ánimo diferente, un tiempo distinto. En 1986 editó un libro que se tituló *Democratización y Cultura Política*. En él, se plantearon una serie de nuevas preocupaciones en torno a las dimensiones subjetivas de la política. Años más tarde, a comienzos de los 90, apareció su libro *Los patios interiores de la democracia*, que llevaba como

subtítulo *Subjetividad y Política*. Los dos libros fueron ampliamente leídos y debatidos en América Latina. De sus páginas emergieron temas que habían sido dejados de lado por un enfoque de análisis político que ponían énfasis en las condiciones objetivas de la sociedad para explicar sus dinámicas de cambio y conflicto, y que veía en las dinámicas subjetivas fenómenos de poca monta. Lechner empezó a preguntarse con creciente insistencia sobre la importancia de los “estilos de hacer política” como un “factor decisivo en el funcionamiento concreto de las instituciones políticas y, además, como uno de los mecanismos más eficaces de socialización e innovación cultural” (1987:11). Empiezan a interesarle aspectos como los valores y las creencias para comprender los “estilos políticos” y la construcción del orden colectivo. Lechner entendió la cultura política como las “orientaciones colectivas hacia las cuestiones políticas”, como “pautas consolidadas a través del tiempo”, pero que constantemente incorpora nuevas interpretaciones de la realidad y se renueva a sí misma. Puso en duda que se pudiera hablar dentro de una sociedad de “cultura política”, y prefirió que se hablara siempre en plural: “culturas políticas”. Todo su planteamiento sobre este tema sirvió para debatir con mayor profundidad las transiciones a la democracia en América Latina y la perspectiva de su consolidación. No se alineó entre aquellos que despreciaron las dimensiones institucionales de la democracia y los pactos sobre las reglas del juego, pero le parecía una aproximación insuficiente. “En los procesos de democratización, la construcción institucional está directamente asociada a la creación de una cultura política democrática” (1987:9).

Su interés por la dimensión subjetiva de la política como aquel campo donde los individuos, los grupos y las sociedades construyen su identidad más allá de cualquier trascendencia metafísica (allí están las huellas de la modernidad), le llevó a explorar el debate sobre la postmodernidad. Lechner vio en esta corriente de pensamiento una entrada sugestiva para comprender las nuevas sensibilida-

des de los tiempos actuales. Le atrajo la postmodernidad, sin duda, pero la encontraba débil en las respuestas que ofrecía a los problemas que levantaba. “La postmodernidad muestra la complejidad del mundo contemporáneo, pero me pregunto si nos entrega los instrumentos para trabajar esa complejidad” (1991:39). Entre los temas que abren a debate los postmodernos, habría que subrayar los siguientes: la defensa radical del pluralismo, la sospecha de que toda construcción de un orden colectivo -y por su puesto el Estado- encierra potencialmente un proyecto totalitario que es necesario contrarrestar, la discontinuidad del sujeto y su engañosa soberanía, y las dudas respecto de la razón como un instrumento efectivo de liberación política. Pero el tema que más le inquietó de los postmodernos, por el profundo giro que provocaba en el clima cultural de las sociedades de fines del siglo XX, fue el desencanto que plantearon frente a la idea de una emancipación progresiva. Resuena en ese desencanto la crisis de los grandes discursos onmicomprensivos de la historia de la que habló Lyotard en su famoso libro *La condición postmoderna*. Diría yo que pocos pensadores latinoamericanos como Lechner intentaron sacar las consecuencias de ese cambio de perspectiva cultural y política. El debate sobre la emancipación le llevó a ser crítico de una izquierda todavía embebida en el sueño de la redención. La emancipación aparece como la proyección hacia la política de los anhelos y las promesas no cumplidas de la religión. La postmodernidad descubre en la promesa moderna de emancipación la búsqueda de una plenitud más allá de la historia y de la política, la instauración de una comunidad orgánica, natural, donde se produce la reconciliación final de la sociedad con la naturaleza humana. Para Lechner, el sueño libertario de pensadores como Marx, anunciaba la posibilidad de un final armonioso de la convivencia humana, donde la política quedara desterrada. Frente al sueño redentor del futuro, planteó la revalorización de nuestras vidas en el presente (el famoso realismo de Lechner); frente a la búsqueda progresiva de la libertad a través de

la historia, el “eterno retorno” de Nietzsche; y ante la armoniosa sociedad anunciada por el comunismo, que nos integra a todos desde una idea homogénea de naturaleza humana, la afirmación radical del pluralismo y las diferencias. Lechner volvió sobre Agnes Heller para afirmar que el pluralismo es un hecho irreducible de las sociedades humanas y, por lo tanto, la condición misma de la política. La negación de la pluralidad sólo puede conducir a distintas modalidades de totalitarismo.

Una reformulación del consenso

Señalados estos temas generales de la indagación intelectual de Lechner, quisiera referirme brevemente sobre las interrelaciones entre pluralismo, democracia y el fetichismo de la política, para concluir con un par de consideraciones sobre la construcción de la identidad del sujeto y el tema central del reconocimiento. El mayor desafío que plantea la pluralidad a la política es su articulación. Sobre este punto, Lechner suena profundamente moderno. Plantea el tema de reflexión propio de la filosofía política moderna: cómo unir la diversidad de sujetos políticos, todos con iguales libertades, derechos y capacidades deliberativas, en un orden colectivo. La tensión entre pluralidad y unidad no es analizada en el contexto de un proceso que tienda hacia una armonía final. Todo lo contrario, la tensión entre esas dos dinámicas resulta irreducible al proyecto democrático. Si alguna categoría despierta sospecha en el pensamiento postmoderno esa es la de totalidad. Lechner se hace eco de esa desconfianza. La noción de totalidad tiene como trasfondo el presupuesto universalista de que la integración y el orden requieren la homogeneidad. Del sueño totalitario de algunas filosofías modernas se desprende la dificultad de algunas categorías universalizantes -nación, ciudadanía, individuo, igualdad- para pensar las diferencias. Pero la crisis de la categoría de totalidad, asociada en la modernidad al Estado, deja pendiente el problema de articulación de la pluralidad, de la formación de una voluntad colectiva a partir del reconocimiento

de las diversidades. Es justamente en este punto donde entra el problema de la política democrática. Para Lechner, la democracia es una forma de entender la política tanto en su dimensión plural como en su demanda de orden colectivo. La democracia promueve el despliegue de la diversidad subjetiva, de los intereses múltiples y de las identidades colectivas; pero por otro, busca mecanismos de concertación e integración social de la pluralidad en una voluntad colectiva. Se trata de una doble dimensión que no puede ser reducida. “Ambos momentos se presuponen recíprocamente y son irreducibles entre sí” (1986b:155). La crisis de la idea de totalidad no diluye la necesidad de pensar la integración, el orden y el consenso. Exige, eso sí, pensarlos de un modo distinto. Precisamente esa exigencia asume la política bajo la democracia. Lechner estuvo convencido de que nos hacía falta una nueva manera de entender el consenso. El libro que dedicó a este tema lleva un título casi extraterrestre: *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado* (1986). Hay algunos temas de exploración claves en el libro. Uno de ellos es la relación entre orden y consenso. Para Lechner, el orden presupone el consenso, pero el consenso -en una fórmula paradójal- nunca puede ser alcanzado. Aún más, únicamente si lo pensamos como inalcanzable podremos afirmar la pluralidad y las diferencias. Tres condiciones requiere el consenso para fundar un orden democrático: a) el consenso como preferencia compartida de los participantes para evitar la guerra civil; b) el consenso como acuerdo sobre los procedimientos válidos en la toma de decisiones; y c) el consenso como concepto límite para discernir las condiciones del disenso (1986b:156). De los tres puntos, el último resulta fundamental. El consenso aparece como concepto límite, inalcanzable, puesto que el punto de partida es siempre el pluralismo radical; sin embargo, sin el consenso como horizonte, como referente utópico, no se pueden establecer límites a los desacuerdos. “Solo por referencia a la utopía del consenso las relaciones sociales se conciben como relaciones de reciprocidad y

no como guerra” (1986b:175). El pacto democrático, agrega nuestro autor, se guía por el consenso como su premisa, no como su objetivo concreto. El consenso tiene que aparecer en toda su imposibilidad para subrayar la pluralidad como un momento constitutivo de la política y como afirmación de las diferencias. Sin la utopía del consenso, se diluye la idea del orden y se cierne sobre la sociedad la lógica de la guerra. Lo que requieren las sociedades democráticas es, por lo tanto, una suerte de horizonte de reconocimientos recíprocos, un límite -como ya se dijo- a los disensos. De lo anterior se desprende que el “pacto democrático” no sólo requiere de unas reglas y de unas instituciones, sino del reconocimiento mutuo entre los sujetos. Uno de los temas de mayor importancia en la trayectoria de Lechner será justamente el del reconocimiento como práctica que guía la formación de los sujetos. El planteamiento lo aparta de la soberanía del individuo autónomo, capaz de autodeterminarse, proclamada por el pensamiento liberal. “Como primera tesis, afirmaría que el sujeto no se constituye positivamente y ‘hacia adentro’, para establecer luego relaciones ‘hacia fuera’; se trata de un solo y mismo proceso” (1986b:27). En el ejercicio de hacerse recíprocamente, los sujetos construyen su identidad mediante un juego de diferenciación. “No es posible construir una unidad sin construir, simultáneamente, las diferencias con el otro respecto al cual uno se afirma” (1986b:27). Se apoya en Niklas Luhmann para afirmar una moral que “no premia un consenso -ello sería superfluo y banal- sino la exitosa incorporación del respectivo Alter a la identidad operativa del propio Ego” (1986b:162).

El fetichismo en la política

Desde el punto de vista del orden político, el juego de la reciprocidad entre los sujetos requiere un campo de mediaciones donde la sociedad pueda representarse desde sus divisiones y diferencias sociales, pero también más allá de éstas. Nuevamente aparece la centralidad de la política. La diversidad exige la polí-

tica, “o sea la determinación (conflictiva) de un referente trascendental por medio del cual los hombres pueden reconocerse unos a otros en su diversidad” (1985a:107). Las divisiones sociales exentas de mediación quedarían expuestas a su propia conflictividad al no encontrar un espacio, una instancia, donde procesar sus desacuerdos; con ello, la sociedad caería en la lógica de la guerra, en una suerte de “estado de naturaleza” para recordar la famosa metáfora del desorden esbozada por Hobbes. El problema de las mediaciones fue planteado por Lechner a partir de lo que denominó “forma de Estado”, por contraste al “aparato de Estado”. Su punto de partida fue una crítica a la concepción marxista del Estado. Desde su punto de vista, Marx y la izquierda descuidaron completamente el lado simbólico del Estado, para poner énfasis solamente en su práctica coercitiva como aparato de dominación y poder. La construcción del Estado burgués siempre fue denunciada por Marx como la creación de una entelequia abstracta, exterior a la sociedad, donde el conjunto social se enajenaba a sí mismo. El Estado, siendo un producto social, terminaba imponiéndose y dominando la vida de la sociedad. Era un fetiche tal como lo entendía Marx: “Los productos de la actividad humana se independizan y devienen sujetos que someten a quienes son sus productores” (1985a:108). El Estado moderno, en la crítica marxista, llevaba a los individuos a un dualismo existencial: por un lado, el hombre político, expresión del universalismo burgués de la igualdad y la libertad; por el otro, el hombre de carne y hueso sometido a relaciones de clase y explotación. Vivir a través del fetiche significaba, para Marx, dejarse seducir por el universalismo del Estado burgués y dejar de lado todo el problema de constitución diferencial y antagónica de las clases sociales. El proletario hace abstracción de su condición de clase, de sujeto real explotado, para mirarse desde el universalismo de las libertades burguesas. Lechner desafió este planteamiento y sugirió que el fetichismo del que habló Marx no era un fenómeno específicamente

burgués sino una necesidad de toda sociedad dividida, plural. El Estado no es una ilusión o un engaño sino una abstracción real, y además necesaria, donde las divisiones sociales encuentran un espacio de mediación y la sociedad un lugar donde representarse. “A través del Estado, la sociedad se pone fuera de sí misma” (1985a:108). Sólo por referencia a esa estructura de mediación, simbólica, externa a la sociedad pero generada pero producto social, las divisiones pueden operar conflictivamente bajo una lógica política en lugar de caer en la lógica de la guerra y la destrucción. Si se afirma el pluralismo como punto de partida irreductible de una política democrática, la extinción del Estado como forma deja de ser un objetivo de la estrategia política. Seguirlo sosteniendo sólo tendría sentido si se mantuviera como fin de la acción política la realización histórica y concreta de una comunidad orgánica o natural, exenta de divisiones y diferenciaciones. En cambio, desde un proyecto que afirma la pluralidad, el Estado se mirará como estructura de mediación donde la diversidad social discute el sentido de su convivir; es un fetiche real que les permite a las sociedades diferenciadas dilucidar el sentido de su vida en común. De este modo, se completa la visión de Lechner: los sujetos se hacen en un juego de reconocimiento recíproco, pero mediados por una estructura simbólica que siempre proyecta las divisiones sociales más allá de sí mismas. Lo que para Marx era un rezago tradicional de las sociedades modernas -la proyección de la religión sobre la vida política y, por tanto, un fetiche que enajena a la sociedad de sus fuerzas y del control sobre sí misma- se convierte en Lechner en una instancia insalvable -diría- de una política democrática. La convivencia política, por lo tanto, requiere el trabajo de un fetiche que será siempre un producto social. La condición de libertad se jugará no en la superación del fetiche, como creía Marx, sino en la posibilidad siempre abierta de retrabajarlo, y a través suyo debatir el sentido del orden y la convivencia social.

* * *

El debate académico y político sobre la democracia en América Latina se halla unido a la figura de Norbert Lechner, sin duda. Su nombre aparece junto al de otros notables intelectuales latinoamericanos -menciono sólo algunos: Ernesto Laclau, Juan Carlos Portantiero, Manuel Antonio Garretón, Angel Flisfisch, Guillermo O'Donnell, José Nun, Tomás Moulián, Oscar Landi- quienes en los años 80 y 90 impulsaron una profunda reconsideración filosófica de la política y la democracia en la región. Todos ellos, de una u otra forma, emprendieron su trabajo intelectual impactados por la violencia de los autoritarismos del Cono Sur y por la derrota y la persecución de las izquierdas. Frente a la brutalidad de la represión; frente a la clausura de los espacios y libertades políticas; frente a la violación sistemática de los derechos humanos, la democracia emergió como un nuevo horizonte de reflexión y de posibilidades para el futuro de América Latina. Hacía falta emprender un largo y minucioso proceso de esclarecimiento conceptual. La figura de Lechner fue siempre un aporte desafiante e imaginativo al rico debate que se abrió por esos años.

Bibliografía

- Lechner, Norbert, 1982, *¿Qué significa hacer política?*, Desco, Lima.
- , 1985a, “Aparato de Estado y Forma de Estado”, en Julio Labastida Martín del Campo, coordinador, *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, UNAM, México.
- , 1985b, “Presentación” y “Epílogo”, en Norbert Lechner, coordinador, *Estado y política en América Latina*, Siglo XXI, México.
- , 1986a, “El proyecto neoconservador y la democracia”, en Julio Labastida Martín del Campo, coordinador, *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*, Siglo XXI, UNAM, México.
- , 1986b, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- , 1987, “El nuevo interés por la cultura política”, en Norbert Lechner, editor, *Cultura Política y Democratización*, FLACSO, CLACSO, ICI.
- , 1990, *Los patios interiores de la democracia*, FCE, México.
- , 1991, “Un desencanto llamado postmodernismo”, en Varios Autores, *Debates sobre Modernidad y Postmodernidad*, Nariz del Diablo, Quito, 1991.